Al Exmo Sr. Marqués de Monistrol en prueba de alta consideración y aprecio

El autor

Javier Santero

ANGEL,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO JAVIER SANTERO.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL en Marzo de 1880.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA	SRTA. MENDOZA.
CONDESA	SRA. MARIN (1).
RITA	SRA. GALLARDO.
DOCTOR	SR. ANTONIO VICO.
FERNANDO	SR. RICARDO CALVO.
GASPAR	SR. LUNA.
MENDOZA	SR. ALFREDO CALVO.
ENRIQUE	SR. M. JIMENEZ.
ANTONIO	SR. FERNANDO CALVO.
CRIADOS	» »

(1) La señora Marin se ha prestado gustosa á desempeñar un papel inferior en obsequio al autor.

Á MI QUERIDO PADRE.

Nadie con más títulos para que le dedique mi primera produccion dramática, que quien me ha inspirado el carácter del doctor de ÁNGEL, y á quien debo inmensa gratitud.

Su hijo

XAVIER.

Marzo de 1880.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada; puertas al centro y laterales: en el centro un velador con periódicos, una cafetera y cigarrera: á los lados sillones: mesita de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, cosiendo, el DOCTOR que entra.

MAG. Adios, querido Doctor.
DOCTOR. Adios, ángel de la casa.
MAG. Gracias.
DOCTOR. Por qué, si usted sabe
que así lo siente mi alma?
¿Y Fernando?
MAG. Hace ya dias
que no le veo; fué á caza
con su tio y hoy le espero.
DOCTOR. ¿Y Angelito?
MAG. Él es la causa
de que le haya molestado.
DOCTOR. Molestarme á mí, ¡caramba!
¿Y qué es ello?
MAG. No lo sé,
pero tiene mala cara
y está estos dias tan triste...

DOCTOR. Todo ello será nada
más que aprensiones de madre.

MAG. ¡Ay! Dios lo quiera. Otra gracia
tenía que suplicarle.

DOCTOR. Diga usted.

MAG. La pobre Juana,
la que vive en la bohardilla,
tiene á su hija muy mala,
y ayer cuando la llevé
algunas ropas de cama,
al mirar su desnudez
me dió la pobre tal lástima,
que prometí subiría
usted hoy á visitarla.

DOCTOR. Repito, es usted un ángel.

MAG. ¿Irá usted?

DOCTOR. ¿Puedo negarla
algo?

MAG. Gracias. Tambien sabe
que, aunque yo no valgo nada,
dispuesta estoy á servirle.
¡Que una madre á quien la salvan
un hijo!...

DCOTOR. Bah! Magdalena,
esa deuda está pagada
por su parte con exceso,
que aún tengo dentro del alma
grabado el dulce recuerdo
de aquellas cinco semanas
en que enfermo y desahuciado
contra la muerte luchaba,
y ested, llena de bondad,
ni un instante de mi cama
se separó; y más le debe
á su celo y vigilancia
y á sus constantes cuidados
mi salud, que á la farmacia.
Desde entónces, hija mia,
culto la rindo en mi alma,
y sus penas son mis penas
y mi casa es esta casa;
y hasta en su hijo contemplo

el consuelo de mis canas.
MAG. Doctor... (Le aprieta la mano con efusion.)
DOCTOR. (Conmovido.) No, si es egoismo:
no me agradezca usted nada.
Hijo... sabe Dios de quien...
mi cuna fué abandonada
y crecí como la yedra,
que del muro lo alto escala
sin que la piedra la preste
jugos, colores, ni savia.
Educado en los asilos
que la caridad consagra
á recoger los despojos
del crímen y la desgracia,
triste pasó mi niñez
sin que en mi senda encontrara
más que desprecio y sarcasmo,
ó esas caricias prestadas
que cual la luz de la luna
no calienta lo que baña.
MAG. Sí. Pero ya, por fortuna,
tan grande es, Doctor, su fama,
que su nombre le conoce
y respeta toda España.
DOCTOR. ¿Y qué importa, Magdalena?
Toda esta gloria envidiada
por los que al fin de la senda
me ven, pero no empezarla,
no vale los sinsabores
que sufren los que la alcanzan.
¿Qué importa que la fortuna
se haya fijado en mi casa,
si viene á darme sus dones
hoy que ya no me hace falta?
¿Para qué quiero, repito,
riquezas, honores, fama,
si por falta de cultivo
se va secando la planta?
¿Qué importa que el árbol crezca,
que extienda sus verdes ramas,
si no tiene á quien dar nombre
ni nadie su fruto aguarda?

MAG. ¡Oh! no; que á quien beneficios
á manos llenas derrama,
su recompensa en el mundo
tarde ó temprano la aguarda.
¿Busca usted una familia?
pues la tiene, y dilatada.
Todas las madres que han visto
al hijo de sus entrañas
junto al borde del sepulcro
y en su regazo hoy le abrazan;
todos los hijos que á usted
deben al besar las canas
de un padre, y los desgraciados
que forman toda esa larga
cadena á quienes atiende,
cura, socorre y ampara,
son una inmensa familia
de padres, hijos y hermanas,
que le bendicen y quieren
como el ángel de su guarda.

DOCTOR. Es verdad: eso consuela,
pero no cierra la llaga.
Tengo nostalgia de madre
y es imposible curarla.
El que está lejos de ella,
quizás en tierras extrañas,
puede esperar algun dia
en sus brazos estrecharla.
Aquel que la tiene muerta,
puede en su fúnebre lápida
depositar un recuerdo,
murmurar una plegaria.
Pero... ¿y el que, como yo,
dudando la vida pasa
si debe buscarla viva
ó debe muerta llorarla?

MAG. Es verdad.

DOCTOR. Ahí tiene usted
de mis favores la causa.
Hé aquí por qué mis auxilios
ninguno en balde reclama.
Por eso no llega en vano

pobre ninguno á mi casa;
porque pienso, y esta idea
le aseguro que me espanta,
que quizás sea mi madre
aquella mísera anciana
que implorando una limosna
(Magdalena se va conmoviendo hasta romper á llorar.)
su temblona mano alarga,
ó la que su último aliento
en una bohardilla exhala.

MAG. ¡Madre mia!

DOCTOR. (Cambiando de tono.) Vamos, vamos,
si soy más tonto... caramba.
Pues no me pongo á contarla,
como si á usted la importara
el que yo sea inclusero
ni que...

MAG. Doctor, sus desgracias
me interesan como mias;
pero al oir relatarlas
he llorado... porque yo...
soy tambien tan desgraciada... (Llorando.)

DOCTOR. (Con interés.) ¿Usted... cómo, Magdalena?
¿Pues qué, Fernando?...

MAG. Eh, bobada.
Ne me haga usted caso.

DOCTOR. No,
Magdalena, usted me engaña.
Si ya sabe que la quiero
como á una hija.

MAG. No es nada.
Pero con el mal del niño
estoy tan impresionada...

DOCTOR. ¿De veras?

MAG. Se lo aseguro.

DOCTOR. Y yo aquí charla que charla
sin acordarme... Ea, vamos
á verle.

MAG. Vamos.

DOCTOR. (Ap.) (Me engaña.
Pero yo averiguaré

de sus pesares la causa.)
(Se van por la puerta lateral.)

ESCENA II.

FERNANDO, preocupado, y RITA detrás.

FERN. ¿Dónde está la señorita?
RITA. Poco hace, con el Doctor
aquí estaba. Si el señor
quiere que avise...
FERN. No, Rita:
¿pero es que alguno ha enfermado?
RITA. El niño.
FERN. ¿Quién... Angelito?
RITA. No, no es nada, señorito,
que está un poco resfriado.
¿Me manda usted algo?
FERN. Sí.
Dí que le espero al Doctor. (Se va Rita.)

ESCENA III.

FERNANDO solo.

¿Por qué me falta el valor
siempre que penetro aquí?...
No me explico lo que siento,
(Se sienta al lado del velador.)
ni sé lo que por mí pasa,
que me produce esta casa
un vago remordimiento.
Hay en ella tanta calma
y tanto recuerdo unido,
que áun en este pobre nido
encuentra solaz el alma.
(Pauaa, reparando lo que hay sobre la mesa.)
Diario, café, cigarrera,
ni un detalle se ha olvidado:
todo estaba preparado:
todo indica que me espera.
...¡Pobre mujer! ¿qué fatal

impulso de tu destino
te colocó en mi camino
por tu mal y por mi mal?...
Al respirar la tranquila
atmósfera de este ambiente,
no sé lo que el alma siente
que en su firmeza vacila.
¿Es de la conciencia el grito,
ó quizá un resto de amor
lo que me quita el valor
cuando más lo necesito?...
No cabe vacilacion
ni es ya posible dudar:
esta noche ha de quedar
clara nuestra situacion.
Causarla tan honda pena
bien sabe Dios que me aflige,
mas mi posicion lo exige
y...

MAG. ¡Fernando!) (Entrando.)

FERN. (Levantándose.) ¡Magdalena!
(Se abrazan.)

ESCENA IV.

FERNANDO, MAGDALENA y el DOCTOR.

Magdalena enciende la cafetera. Una criada trae tazas en una bandeja que deja sobre la mesa.

DOCTOR. Don Fernando, bien venido.

FERN. Caro Doctor, bien hallado.

DOCTOR. Ya iba usté á ser anunciado
como un objeto perdido.

FERN. Pues en no hacerlo hizo mal.
¿Y con hallazgo, Doctor?

DOCTOR. Con hallazgo, no señor,
no doy por usted un real.

FERN. Gracias... ¿Y tú, Magdalena?

MAG. Sin olvidarte un instante.

DOCTOR. No hay un marido tunante
que no tenga mujer buena.

No merece por infiel
tener en casa esta cara.

FERN. Pero hombre, usted me declara
una guerra...

DOCTOR. Sin cuartel.

FERN. Pues yo pago con cariño
diatrivas tan tenaces.
Vamos, hagamos las paces.
(Se aprietan las manos.)
¿Y qué es lo que tiene el niño?

DOCTOR. Cosas de esta madraza.

MAG. Estaba estos dias triste...

FERN. Y tú lo ménos creiste
que se moría. Cachaza
necesita usted tener. (Al Doctor.)

MAG. Si tenía que bajar.

FERN. Vamos, eso es abusar

DOCTOR. Pero hombre, qué se ha de hacer?
Si el médico que visita
es como un coche simon
que está á la disposicion
de aquel que le necesita.

FERN. Vaya, sírvenos café.

MAGD. Todo estaba preparado.

DOCTOR. Aunque yo ya le he tomado...

FERN. Qué importa.

DOCTOR. Repetiré.
(Magdalena sirve á todos café.)
Gracias.

FERN. Bien.

MAG. Quiere usted rom?

DOCTOR. No, unas gotas de anisado.
(Pausa. Toman el café.)
Vamos, y qué, ¿se ha cazado
mucho?

FERN. No.

DOCTOR. Gran aficion
se necesita tener
para con tiempo tan perro
ir con un idem un cerro
mata á mata á recorrer.
Sólo una vez he cazado

y me porté como hay Dios;
tan sólo dos veces... dos
la escopeta he disparado:
pero ambas con tino cierto.

FERN. Doctor...

DOCTOR. Como Juan me llamo:
un tiro mató al reclamo
y otro dejó un perro tuerto.

FERN. y MAG. Já, já, já!

DOCTOR. Un pachon muy chato.

MAG. Siempre de tan buen humor.

DOCTOR. Nada, la caza mejor
es la que se hace en el plato;
y teniendo una mujer
tan bonita... ¡camastron!
¡Si no tiene usté perdon!

FERN. Pero qué tiene que ver...

DOCTOR. Hombre, que tanto cazar...

FERN. Si es mi tio el que me obliga.

DOCTOR. Bueno, no quiero que diga
que vengo aquí á encizañar.
(Pausa: el Doctor sorbiendo el café.)
Voy á darla una sorpresa:
mañana estoy de soiré.

MAG. ¡Hola! y dónde, diga usté.

DOCTOR. En casa de la condesa.

MAG. ¿Á que lo sé? del Cortijo,
la que usted curó la vista.

DOCTOR. Justo: se empeña que asista
á los dichos de su hijo,
y aunque quise resistir
me rogó con tal porfía,
que fuera una grosería
si dejo de concurrir.
Yo le agradezco su empeño...

MAG. ¡Y cuánta mujer bonita
habrá!

DOCTOR. Pero que me quita
tres ó cuatro horas de sueño
que luégo me desmadejan;
vamos, que el diablo me lleve:
yo que me acuesto á las nueve

es decir, cuando me dejan,
formar parte de esa clac
á quien causa desazones
si se arrugan los faldones
ó no está de moda el frac.
Yo... que ni de jóven fuí...
Lo digo de muy buen grado:
ese mundo encopetado
no se ha hecho para mí.
Me encuentro mucho mejor,
lo declaro muy formal,
en mi sala de hospital
que en cualquier baile.

FERN. Doctor,
comparar... Pero es verdad,
si no tienen corazon.

DOCTOR. No está usted en la razon,
lo que tengo es caridad;
y al rodearme de aquellos
que auxilio á mi ciencia imploran,
si gozo cuando ellos lloran,
gozo cuando gozan ellos,
que no existe igual placer
que aquel que el médico siente
si está de la muerte enfrente
y al fin la llega á vencer.
Yo... que siento en mi conciencia
estímulo incitador
para obrar con el valor
que sólo inspira la ciencia,
me rio de los desprecios
á mi profesion lanzados,
que sólo son sustentados
por cobardes ó por necios.
Hallar la razon procuro,
y mi mente no la infiere,
porque es valiente el que hiere
y no es valiente el que cura.
¡Que nos falta el corazon,
dice ese vulgo ignorante!...
y es que él no tiene bastante
para tan alta mision!

FERN. ¡Bravo! por oir tal defensa,
casi celebro el agravio
que le hice.

DOCTOR. De su labio
nada para mí es ofensa.

FERN. Magdalena...

MAG. ¿Qué?

FERN. Un momento
al Doctor quisiera hablar.

MAG. Pues en tanto voy á dar
á Angelito el cocimiento.

DOCTOR. (Señalando á Fernando.)
Y me deja este regalo.

MAG. Cuando acaben volveré.

FERN. Yo en tanto consultaré.

DOCTOR. ¿Qué es?... ¿ó qué, está usté malo?
(Se va Magdalena.)

ESCENA V.

FERNANDO, DOCTOR.

DOCTOR. (Enciende un cigarro y le tira.)
Diablo, si esto es un veneno.

FERN. Tome usted. (Le ofrece otro.)

DOCTOR. Gracias, escucho.

FERN. Doctor, yo le aprecio mucho.

DOCTOR. Gracias. (Con sorna.)

FERN. Sí, porque es muy bueno.

DOCTOR. Yo le estimo la opinion
que ha formado usted de mí.

FERN. No creo que piensa así...
de mí.

DOCTOR. Tiene usted razon.
La franqueza es mi pecado:
jamás ni en broma he mentido,
ni por decir un cumplido
á la verdad he faltado.

FERN. Mas, porque, quiero saber,

me tiene prevencion tal.

DOCTOR. Porque se porta muy mal
con esa pobre mujer.

FERN. ¿Yo?

DOCTOR. Me tomo libertades
que le molesten acaso,
mas celebro llegue el caso
de decir cuatro verdades.

FERN. Hable usted.

DOCTOR. Aunque ella nada
me díga, porque es muy buena,
yo bien sé que á Magdalena
hace usted muy desgraciada:
porque no exhale una queja
—y que es así yo lo abono—
piensa no ve el abandono
horrible en que usted la deja?
Que ausente dias y dias
sin escribirla se pasa,
que es un huesped en su casa,
que con mil y mil falsías,
de cazas que no ha soñado
ó asuntos que no concibo,
encuentra siempre motivo
para no estar á su lado?
Aunque, por no darle enojos,
siempre la ve su marido
alegre, yo he sorprendido
las lágrimas en sus ojos.

FERN. Pues bien; esta conferencia
y el asunto que ha tocado,
yo mismo lo he provocado
como un deber de conciencia.
Siempre lo he estado buscando,
y siempre me he detenido.
Doctor, yo no soy marido
de Magdalena.

DOCTOR. ¡Fernando!...

FERN. Yo le suplico que en calma
la historia escuche un momento,
que más bien es un lamento
que se me escapa del alma.

Su inocencia proclamar,
un deber santo me ordena.

DOCTOR. ¿Cómo, yo, de Magdalena
un momento he de dudar?
Pues, porque sé sus bondades,
conocer pronto deseo
esa historia, en que preveo
un tejido de maldades.

FERN. Es una triste memoria
que contarla me avergüenza..
mas, forzoso es que me venza:
oiga usted, Doctor, la historia.
Cinco años, pronto va á hacer,
que, al ir sin objeto al Prado,
ví cruzar junto á mi lado
tan hechicera mujer,
que, sin poderse explicar
por qué... tras ella me fuí
á un barrio extremo, y allí,
que era, llegué á averiguar,
huérfana de un coronel
que á los carlistas sirvió
y en la misería murió
por ser á su causa fiel.
Que pobremente vivía
sin conocérsele amores,
y que fabricando flores
á su madre sostenía:
que la madre enferma estaba:
que era hermosa como buena:
se llamaba Magdalena,
y nadie en la casa entraba.
Como el dinero yo sé
lo vence todo...

DOCTOR. ¡Es verdad!...

FERN. Muy pronto, en la vecindad,
cómplice fiel encontré
por medio de la portera,
vieja, avara y parlanchina:
conseguí que una vecina
como huesped me admitiera;
una partida de caza

á mí madre pretexté,
y en mi cuarto me instalé
poniendo sitio á la plaza.
Y por aquellas arpías
me ví tan bien secundado,
que por pobre y desgraciado
me gané sus simpatías.
Y de mi frase al calor
en solitarios paseos,
al par que en mí los deseos
crecía en ella el amor.
Pues como lago que en calma
retrata flores y abrojos,
en el cristal de sus ojos
se reflejaba su alma.
Tanto de las dos mujeres
la virtud en mí influía,
que casi ya me creía
unido á aquellos dos séres.
Pues sentía un no se qué,
mezcla de amor y respeto,
que olvidar me hizo el objeto
que á aquella casa llevé...
Mas, yendo á mi habitacion
una noche, con premura,
entrar en casa ví un cura
llevando la santa uncion.
Me apresuré diligente
á saber lo que ocurría,
y supe que se moría
la madre de un accidente.
Y, aunque había vuelto en sí,
su muerte era cosa cierta:
corrí, y al abrir la puerta
fijó sus ojos en mí.
«Ya no me asusta la muerte,
»tranquila puedo esperar,
»dijo, pues me da lugar,
»hijo mio, para verte.
»Me muero, venid los dos;
»sé su amparo, sé su abrigo,
»y que, como yo os bendigo,

»os bendiga tambien Dios.»
Así la noche pasó
lentamente agonizando:
á los piés su hija llorando
y á la cabecera yo.
Y al venir de un nuevo dia
la tibia naciente luz,
abrazada con la cruz
aquella santa moría.

DOCTOR. ¿Y usted fielmente cumplió (Levantándose.)
el buen nombre mancillando
de una anciana que espirando
en su honradez confió?

FERN. Á pesar de su experiencia,
nada decirme podrá
que no me haya dicho ya
á mí mismo la conciencia.
Aunque conozco mi culpa
y lo indigno de mi accion,
quizás en mi misma pasion
halle mi falta disculpa.

DOCTOR. ¿Disculpa?... No lo adivino.

FERN. Doctor, mi disculpa es ella...
¿por qué la hizo Dios tan bella,
y la arrojó en mi camino?
¿Por qué hizo que los dos...

DOCTOR. No existe un solo malvado,
que al cometer un pecado
no le eche la culpa á Dios.

FERN. No: que he faltado es verdad
y que criminal he sido,
pero su parte ha tenido
tambien la fatalidad.
Aunque vencerme intenté,
yo deseoso, ella amante,
una noche delirante
entre mis brazos la hallé.
Despues...

DOCTOR. Todo se adivina;
por fin de accion tan honrosa,
en vez de hacerla su esposa
la hizo usted su concubina.

FERN. Nadie la faltó al respeto
á sus virtudes debido,
y usted el primero ha sido
que sabe nuestro secreto.

DOCTOR. Prosiga.

FERN. Para calmar
su tenaz remordimiento,
juré nuestro casamiento
al instante realizar,
en cuanto vencer pudiera
de un tio, á quien le debía
mi carrera, la manía
de que casado no fuera.
En esta casa instalados
modestamente vivimos,
y ante todo el barrio fuimos
dos novios recien casados.
Luégo, usté aquí se mudó;
y, de su ciencia en tributo,
de estos amores el fruto
en sus brazos recibió.
Ahora, Doctor, que en esencia
de todo enterado está,
la razon comprenderá
de tan repetida ausencia.
¡Así cuatro años llevamos!

DOCTOR. ¿Y qué piensa usted hacer
con esa infeliz mujer?

FERN. Calma, Doctor, á eso vamos:
yo así no puedo seguir,
esta vida desespera,
y, de una ú otra manera,
hoy tiene que concluir
esta perpétua agonía.

DOCTOR. Pues la solucion es obvia,
teniendo en casa la novia
y cerca la vicaría.

FERN. Doctor, eso es imposible.

DOCTOR. Pues no hay otro desenlace.

FERN. Existe para ese enlace
un obstáculo invencible.

DOCTOR. Para cumplir un deber,

ineludible, sagrado,
en aquel que nace honrado
no debe obstáculo haber.

FERN. En la vida hay situaciones
que al hombre obligan.

DOCTOR. No tal.

FERN. Le juro...

DOCTOR. Para obrar mal
no encuentro nunca razones.

FERN. Es inútil la porfía:
tengo que dar este paso
porque mañana me caso.

DOCTOR. ¡Se casa! Vírgen María...

FERN. Mi madre, que á esto es ajena,
á un matrimonio me obliga;
y le suplico la diga
lo que ocurre á Magdalena.

DOCTOR. ¿Yo decirla? Está usted loco...

FERN. ¿Quién mejor que un buen amigo...

DOCTOR. Vaya, que no se lo digo;
no la quiero yo tan poco.

FERN. ¡Quién si no usted puede dar
con su profundo talento
bálsamo á su sentimiento
y su pena mitigar!...
Comprenda usté la razon.

DOCTOR. Usted salga del apuro.

FERN. Mas, no piensa usté en lo duro
de mi horrible situacion?
No ve...

DOCTOR. Se fatiga en vano:
no me podrá convencer:
cómplice no quiero ser,
de un hecho tan inhumano-

FERN. Doctor, que el tiempo se pasa
y va á volver Magdalena.

DOCTOR. Pues que sea enhorabuena,
que yo me subo á mi casa. (Coge el sombrero.)

FERN. Mas...

DOCTOR. ¡Y la cosa era leve...

FERN. Que viene.

DOCTOR. Pues amiguito

ahí le dejo á usted solito;
mátela usted si se atreve. (Se va.)

FERN. No se marche usté, Doctor...
Se marchó; y ello es preciso
salir de este compromiso.
Aquí está: ea, valor.

ESCENA VI.

MAGDALENA y FERNANDO.

MAG. Pues y el Doctor, dónde está?
FERN. Se fué.
MAG. ¿Se ha marchado?
FERN. Si.
MAG. Sin despedirse de mí!
¿Y ha dicho si volverá?
FERN. No.
MAG. Lo siento.
FERN. Tú, ¿por qué?
MAG. Porque el niño no me gusta.
FERN. Bah, si á tí todo te asusta.
¿Pues qué tiene? (Se sienta fumando.)
MAG. No lo sé.
Pero noto en su mirada,
siempre llena de alegría,
así, una melancolía
que me tiene preocupada.
Hay un vago sentimiento
que allá en el fondo del alma
nos quita ó nos da la calma
y llaman presentimiento,
que en verdad no es, á mi ver,
sino un misterioso lazo
que nos une en tierno abrazo
á ese ser de nuestro ser.
FERN. Gozas en atormentarme
siempre ideando quimeras.
MAG. Fernando, si tú le vieras
tambien llegara á inquietarte.
FERN. ¿Por qué?

MAG. Porque, aunque vulgar,
corre como dicho ó cuento
que los niños de talento
nunca se suelen lograr.

FERN. Vamos, y vas á creer
en esas ridiculeces?

MAG. Te juro que, muchas veces,
el sueño me hace perder,
porque, con ingenuidad
(Se sienta á sus piés.)
y aunque una tonta me creas,
descubro en Ángel ideas
superiores á su edad.
Hay tal afan de saber
y darse cuenta de todo,
que á veces no encuentro modo
de poderle responder.
Como tanto y tanto inquiere
me pone en apuros graves.

FERN. (Pobrecilla.)

MAG. Y tú no sabes,
Fernando, lo que te quiere.

FERN. Sí...

MAG. Te quiere con exceso.
De que se duerma no hay traza
si tu retrato no abraza
y te echa en el aire un beso.
Como tú, por tus asuntos
siempre andas ocupado,
y estás tan poco á su lado
y nunca salimos juntos,
muchas veces, cuando está
sentadito junto á mí,
suele preguntarme «dí,
me quiere mucho papá?»

FERN. ¿Y tú?...

MAG. ¡Oh! yo le digo
que le adoras.

FERN. (Va á matarme.)

MAG. Pero suele contestarme,
«¿Por qué no juega conmigo?»

ERN. (¿Qué es esto que en mí se agita?)

MAG. «¿Por qué tan poco le veo
y nunca voy á paseo
con él y siempre con Rita?»
Á otros niños sus papás...

FERN. Pero, ¿me estás acusando? (**Levantándose.**)

MAG. ¿Acusarte yo, Fernando?
¿De qué? ¿Pues lo hice jamás?
No: yo enseñarle sabré...

FERN. (Quién á decirla se atreve...)

MAG. Que á un padre sólo se debe
respeto y cariño; que
todos los dias su madre
le hace de la cruz en pos
que invoque el nombre de Dios
y bendiga el de su padre.
¡Está tan hermoso!

FERN. Sí...

MAG. Ya casi á leer empieza;
y si vieras cómo reza
y le pide á Dios por tí...
Si ya casi necesitas
irle buscando maestro.
Si le oyes el Padre Nuestro
cruzadas las manecitas...

FERN. Magdalena...

MAG. No te asombre:
con paciencia y con cariño
hay que ir educando al niño
para cuando llegue á hombre.
Cada cual en su destino
santas misiones tenemos,
y por igual partiremos
la mitad de su camino.
Tú, le puedes ilustrar
para que llegue á lucir;
yo, le enseñaré á sentir
y le enseñaré á rezar,
que así mis deberes lleno:
si aprende á rezar su labio,
yo no sé si será sabio
pero sí que será bueno.

ERN. ¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAG. Es máxima muy sencilla:
quien siembra buena semilla
recoge cosecha buena.
Y hoy es mi mejor regalo
ver germinar el terreno;
que empezando por ser bueno
es más difícil ser malo.

FERN. Perdona si me sorprenden
tus frases.

MAG. Tienes razon:
mas los hijos libros son
donde las madres aprenden.
Me da tanto en qué pensar
de Ángel el rostro risueño
cuando su inocente sueño
arrullo con mi cantar,
que á veces pienso, en su cuna,
mientras duerme, reclinada,
qué suerte tendrá guardada
á ese niño la fortuna...
(Con sentimiento.) Si llegases tú á faltar!

FERN. Ya sabes que en cuanto el tio...

MAG. No; si yo no desconfío.
¿Cómo he de desconfiar?

FERN. (Hay tormento más cruel!)

MAG. Mas, cual vivimos, Fernando,
á un tiempo estamos faltando
á Dios, al mundo, y á él.

RITA. El niño llama. (Desde la puerta.)

MAG. Voy... eso
es que sabe que aquí estás:
ven, Fernando, que quizás
esté esperando tu beso.

FERN. Voy.

MAG. Mira que va á llorar.

FERN. Vé, que al instante te sigo.

MAG. No tardes. (Váse.)

FERN. ¿Cómo la digo
que la voy á abandonar?

ESCENA VII.

FERNANDO y luégo RITA.

FERN. Mas, ¿qué hacer? Oh, es lo mejor.
(Saca un papel del pecho, y escribe una carta en la mesita.)
Rita.
RITA. (Entrando.) ¿Qué manda usted?
FERN. Luégo,
esta carta y este pliego
entregarás al Doctor,
con órden de que la lea
y haga cuanto ahí está escrito.
RITA. ¿Qué? se va usted, señorito,
sin que Angelito le vea?
FERN. Nada te importa.
RITA. Está bien.
FERN. (Me voy, porque no respondo...)
RITA. Y se marcha tan horondo...
Bendito de Dios amen.

ESCENA VIII.

RITA y MAGDALENA, que sale precipitada.

MAG. ¡Fernando! ¿No está?... Doctor,
pronto que le avisen, Rita.
RITA. Qué sucede, señorita?
MAG. Que Angelito está peor.
RITA. ¿El niño?
MAG. Sí, un accidente...
RITA. Llaman: quizá será él.
(Las dos van á la puerta: el Doctor entra, y Magdalena se abraza á él.)
MAG. ¡Doctor!
DOCTOR. Ya sé que cruel...
MAG. ¡Vírgen santa! ¡Dios clemente!
¡Ah! ¡Si le pierdo me muero!
En Dios y en usted confio.
¡Hijo del alma!... ¡Hijo mio!...

Llevadme, Señor, primero.

DOCTOR. No llore, pobre mujer;
si despues de deshonrada
hoy se mira abandonada
por el seductor de ayer,
Dios que sabe su inocencia
y su falta ha perdonado,
quizás me haya destinado
para ser su providencia.

MAG. Pero ¿cómo?...

DOCTOR. No se asombre:
sé todo lo que aquí pasa:
sé que Fernando se casa.

MAG. Mas ¿qué dice este hombre?
¿Qué es lo que está usted diciendo?

DOCTOR. Pero... acaso usté ignoraba?...

MAG. Acabe usted.

DOCTOR. Yo...

MAG. ¿No acaba?...
no ve que me estoy muriendo?

DOCTOR. Pero señor, ¿qué he hecho yo?
Es decir que no sabía...
Entónces á qué aludía
cuando al entrar me abrazó
y entre lágrimas me dijo
que si le pierde se muere
si no es Fernando?...

MAG. ¿Á quién quiere
que sea, sino á mi hijo?

DOCTOR. ¡Hay en el cielo justicia!

MAG. Mi hijo, Fernando! Ay de mí!...
(Cae sin sentido en los brazos del Doctor.)

DOCTOR. Mire usted por dónde fuí
el que la dió la noticia. (Sentándola.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de paso ricamente amueblado, con puerta al centro y laterales: chimenea: mesa en el centro con periódicos: un armario de espejo junto á la mesita.

ESCENA PRIMERA.

GASPAR fumando, tendido en una butaca. MENDOZA leyendo un periódico. ANTONIO y ENRIQUE paseando.

ANT. Conque, querido Gaspar,
te ha dejado tu Leonora?

GASPAR. Con un palmo de narices,
chico: tenía más mosca
el duque de Casa-Blanca,
y, á pesar de su joroba,
sus sesenta navidades
y aquella nariz tan roma,
ha desbancado al más guapo,
y no lo tomes á broma,
al más listo y elegante
de toda la córte.

ANT. Hola!

ENRIQ. Y te se murió tu abuela,
á quien Dios tenga en la gloria.

MEND. Pues señor, el Doctor Santos
es un prodigio.

GASPAR. Qué?
MEND. Otra
ovacion.
GASPAR. Sí!
MEND. La Academia
de Medicina una obra
que ha publicado le premia
y hace un elogio que le honra.
ENRIQ. Vaya, querido Gaspar,
dinos algo de la boda
de tu prima.
GASPAR. Chico, que es
una jugada redonda.
ANT. Ya lo creo.
GASPAR. Pues se lleva
una muchacha muy mona
y diez millones de dote.
ENRIQ. ¡Diablo!
GASPAR. Y á más la bicoca
de no tener suegros, chico.
MEND. Pero, la quiere?
GASPAR. Mendoza,
perdóname que te diga
que no vas estando en moda:
el amor para casarse
es lo que ménos importa.
ENRIQ. En no habiendo antipatías,
para el caso basta y sobra.
GASPAR. Y estos han vivido juntos
desde que el padre de Lola
murió, ya hace nueve años.
MEND. Entónces, chico, perdona
mi franqueza si te digo
que compadezco á la novia.
GASPAR. Pues qué, mi primo?...
MEND. No sé,
mas conozco cierta historia...
ANT. Del conde?
ENRIQ. Sí eh?
ANT. De veras?
ENRIQ. Cuenta, cuenta.
GASPAR. Bah, esas cosas

ó se rompen al casarse
ó se siguen.

ENRIQ. Pues?

ANT. ¿Qué importa?

MEND. Con esas máximas...

GASPAR. Nada
en cubriendo bien las formas.

ESCENA II.

DICHOS, DOCTOR y CRIADO.

CRIADO. Tome usté el número.

DOCTOR. Bien.

GASPAR. Doctor, doctor.

DOCTOR. Hola, hola,
usted está en todas partes.

GASPAR. Sí señor, como las moscas.
(Presentándole se dan las manos.)
Permítame le presente.
Aquí teneis á la gloria
de la hispana medicina.

DOCTOR. Gaspar...

MEND. Oh, no, no es lisonja.
Su nombre es bien conocido,
y yo tendré á mucha honra
en ser su amigo.

DOCTOR. Igualmente. (Se saludan.)

ESCENA III.

DICHOS, CONDESA, entrando.

MEND. Condesa... (Se saludan.)

COND. Marqués...

DOCTOR. Señora...

COND. ¿Cómo aquí tan retirados
cuando ya la casa toda
es un jardin de muchachas
que por su hermosura asombran?

GASPAR. Murmurando.

COND. ¿Murmurar
en vísperas de una boda?
MEND. Envidiando la fortuna
de Fernando, que al fin logra
la perla más codiciada
de la nobleza española.
COND. Mil gracias por mi sobrina
y por mi hijo.
ENRIQ. Mendoza,
vamos á dar una vuelta
por los salones?
(Ofrece el brazo á la Condesa.)
COND. No, ahora
voy á esperar que me avisen
que está dispuesta la novia.
ENRIQ. Entónces...
MEND. Vienes, Gaspar?
GASPAR. No, me fatiga esa atmósfera. (Se van.)

ESCENA IV.

CONDESA, DOCTOR, GASPAR.

COND. (Sentándose.) Doctor, no sabe usted bien
lo mucho que le agradezco
que esta noche haya salido
por mí de ese retraimiento,
en que vive consagrado
tan sólo á libros y enfermos.
DOCTOR. No es porque usted lo agradezca,
Condesa, pero confieso
que al venir aquí esta noche
he dado una prueba en ello
de lo mucho que la estimo
y el cariño que la tengo.
COND. Gracias, Doctor, ya lo sé.
GASPAR. ¿Qué, tiene usté algun enfermo
de esos que llaman curiosos
porque no tienen remedio?
DOCTOR. Sí, y en verdad muy curioso,
aunque comun en extremo:
se multiplican los casos

de un modo tal...

GASPAR. ¿Qué, tenemos
alguna nueva epidemia?

DOCTOR. Si señor.

GASPAR. Eh?

DOCTOR. Ya lo creo,
una epidemia de pícaros
y bribones que da miedo.

GASPAR. Usted siempre chanceándose.

DOCTOR. Jamás hablé más en serio.

GASPAR. Pero ¿qué tiene el paciente?

DOCTOR. Mal del mundo.

GASPAR. ¿Qué?

DOCTOR. Y preveo
que para esta enfermedad
no voy á encontrar remedio.
Quizás le parezcan raras
las ideas que profeso;
mas para mí, son más graves,
segun mi pobre criterio,
las afecciones del alma
que las dolencias del cuerpo.
Nosotros mejor que nadie
somos los que conocemos
de las batallas del mundo
los resultados funestos.
La materia y el espíritu
tan unidos considero,
que son los males del uno
de los del otro reflejo;
pues que muchísimas veces
viene á adivinar el médico
por las borrascas de fuera
las tempestades de dentro.
Pero es claro: como el mundo
sólo repara en el éxito,
sin mirar los mutilados
que nosotros recogemos,
todos siguen la avalancha,
y no ven, porque están ciegos,
que en la lucha gigantesca
que, por la ambicion tenemos,

los vencidos son los más,
los vencedores los ménos.

GASPAR. Amigo, algo han de costar
las ventajas de estos tiempos;
y no negará usted que
los adelantos modernos
compensan lo que ganamos
á lo poco que perdemos.

DOCTOR. Es verdad, la humanidad
camina sin guarda-freno,
siempre con la vista fija
en el material progreso,
sin ver la especie de oidium
que carcome el sentimiento
y que dá por resultado
indiferentes y ateos.

GASPAR. *Pues no es en su profesion
*en donde se encuentran ménos.

DOCTOR. *Quizá el mundo se equivoca;
*mas yo, que siempre respeto
*las opiniones de todos,
*á mis ideas me atengo.
*Cuando se mira un reloj,
*que el curso marca del tiempo,
*si asombro causa la máquina
*qué causará el relojero?
*Pues cuando el cuerpo humano
*estudio con mi escalpelo
*y los detalles finísimos
*admiro de ese cerebro
*en donde surge la idea
*y germina el pensamiento,
*y brota la inspiracion
*y es cuna inmensa del genio,
*culto rindo hácia el Autor
*de tan sublime portento.

COND. *De escucharle hablar así
*no sabe cuánto me alegro.

GASPAR. *Ya he ganado con mi tia
*esta noche un mil por ciento:
pero aún no nos ha dicho
qué es lo que tiene el enfermo

motivo de ese discurso,
y soy curioso en extremo.

DOCTOR. Figúrese usted, Condesa,
una pobre niña, ejemplo
de piedad filial, que vive
á su madre sosteniendo,
y que su rara belleza
produce en un caballero,
no el amor que santifica,
sino ese brutal deseo
que asalta cuantos obstáculos
se anteponen á un objeto;
y que, al ver que de la casa
que la virtud hizo templo
no falseaban la puerta
ni seduccion ni dinero,
de tal modo se condujo,
su clase y fines fingiendo,
que lo que el oro no hizo
logró el agradecimiento.
Y al morir la pobre madre
á sus hijos bendiciendo,
en mujer trasformó al ángel
hollando sus juramentos.

COND. Eso es indigno.

DOCTOR. Condesa,
pero por desgracia cierto.
Mas no paró aquí la cosa:
pues, para martirio nuevo,
un hijo vino á aumentar
de esa mujer los tormentos,
y entre promesas y halagos
vivieron bastante tiempo;
ella siempre confiando
y él torpemente mintiendo,
hasta que, bien por hastiado
ó por causas de otro género,
rompe lazos tan sagrados
por adquirir otros nuevos.

COND. ¡Qué miserable!

GASPAR. Por Dios,
si de eso está el mundo lleno.

sin que ninguno se asuste.

DOCTOR. Es verdad, y así va ello:
el sentimiento moral
anda tan á bajo precio,
que ya apenas distinguimos
á los malos de los buenos.

GASPAR. No tanto, por Dios, no tanto.

DOCTOR. Ahí tiene usted el ejemplo.
Si por miseria ó por hambre
un hombre roba un pañuelo,
la sociedad le desprecia
y le arroja de su seno.

GASPAR. Y qué, ¿no hace bien?

DOCTOR. Sí tal.
Pero llega un caballero:
en el sagrado recinto
penetra, amistad fingiendo;
donde una familia honrada
franca su puerta le ha abierto;
se lleva la única joya,
joya que no tiene precio,
y el mundo insulta al robado
y deja paso al ratero.
Para el que asesina ó roba
verdugo y cárcel tenemos;
mas para el ladron de honras
¿en dónde está el Saladero?

GASPAR. Pues si por esos pecados
fuesen á llevarnos presos,
iba á ver más presidiarios...

COND. Cállate, Gaspar, no quiero
que ni por broma defiendas
tan vil como indigno hecho.
Si en la sociedad no hay leyes
que castiguen, por lo ménos,
para seres tan malvados
queda, Doctor, el desprecio
de las personas honradas
y que se precian de serlo.

DOCTOR. Bien, Condesa. (Le da la mano.)

COND. Y le aseguro
que, si ese ser tan abyecto

supiera que á mis salones
venía, que no lo creo,
de mi casa le arrojára
igual que se arroja á un perro.

GASPAR. El Conde viene.

COND. (Levantándose.) Mi hijo...

GASPAR. Sí.

COND. Doctor, mucho me alegro;
así podré, al presentarle,
decirle cuánto á usted debo.

DOCTOR. ¡Condesa!... (Entra Fernando.)

FERN. Mamá.

GASPAR. Fernando!

DOCTOR. Dios mio, ¿qué es lo que veo?

COND. Hijo mio, el Doctor Santos.

DOCTOR. Señor Conde... (Se saludan.)

FERN. Yo celebro
esta ocasion. (Disimule.)

DOCTOR. Pero...

FERN. (Ahora hablaremos.)

COND. ¿Se conocían ustedes?

FERN. No.

DOCTOR. Así... un vago recuerdo.

COND. Está tan poco en Madrid...

DOCTOR. Sí señora, lo comprendo.

COND. El viajar es su pasion,
pero ya le pararemos.
Ahora, Doctor, pues que ya
acompañado le dejo,
voy á ver si está la novia.
Adios: (Á Fernando.) te le recomiendo.

ESCENA V.

DOCTOR y FERNANDO.

FERN. Silencio.

DOCTOR. ¿Pero es verdad?
Fernando... no: señor Conde.

FERN. Doctor...

DOCTOR. Así corresponde

que le llame.

FERN. ¡Por piedad!
no aumente usted más mi pena;
tasado el tiempo tenemos
y es necesario que hablemos.

DOCTOR. Diga usted.

FERN. ¿Y Magdalena?

DOCTOR. ¿Y puede usted preguntar?
si casi me hace reir...
¿qué ha de hacer sino sufrir?
¿qué ha de hacer sino llorar?

FERN. Mas acaso sospechó...

DOCTOR. Sospechas no, realidad.

FERN. Pero ¿sabe...

DOCTOR. La verdad.

FERN. ¿Y quién se lo ha dicho?

DOCTOR. Yo.

FERN. ¿Es posible?

DOCTOR. Formal hablo.

FERN. ¿Cómo pagarle podré
cuanto á usted le debo?
(**Va á abrazarle y el Doctor le rechaza.**)

DOCTOR. Eh,
se lo debe usted al diablo.
Cuando ayer salir le ví
con demudado semblante,
á su casa en el instante
bajé, porque presumí
que ya consumado había
el horrible sacrificio,
y un amigo en tal suplicio
la mártir tener querría;
y más me lo confirmó
que, con voz entrecortada,
á mí llorando abrazada
varias frases pronunció.
Llevado de mi cariño
la dije cuanto sabía...

FERN. ¿Pero bien, qué sucedía?

DOCTOR. Que le había dado al niño
un accidente.

FERN. Doctor,

pero, ¿será cosa grave?...

DOCTOR. Eso, Dios solo lo sabe;
pues, aunque un poco mejor,
tanta y rara coincidencia
estoy viendo desde ayer,
que más bien parecen ser
fallos de la Providencia.
Pero, dejando esto á un lado,
mi amistad saber reclama
qué papel en esta trama
me tiene usted reservado.

FERN. Comprendo bien su sorpresa.

DOCTOR. Mi asombro querrá decir.

FERN. Le quise á usted prevenir...

DOCTOR. ¡Hijo usted de la Condesa!...

FERN. Perdone usted; más, luchando
siempre he estado, y decidido,
mil veces me he arrepentido
de confesarle...

DOCTOR. ¡Fernando!

FERN. Y ayer cuando iba á aclarar...

DOCTOR. Si parece una ilusion...

FERN. Cortó la conversacion
irse usted y ella llegar.

DOCTOR. Y bien...

FERN. Ahora, Doctor,
que quien soy ha conocido,
creo que habrá comprendido
la razon de...

DOCTOR. No señor.

FERN. ¿Qué?

DOCTOR. Mis ojos no la ven.

FERN. Perdone usted que le diga
que el nombre que llevo obliga..

DOCTOR. Le obliga á llevarle bien.

FERN. Pues qué, ¿puede pretender
que rompa mi boda hoy,
y olvidando de quien soy
dé mi nombre á una mujer
porque á la suerte le plugo
en mi camino cruzarla?...

DOCTOR. ¿Pero acaso al deshonrarla

era hijo del verdugo?
Porque, en su pobre bohardilla
al entrar, como un ladron,
olvidó usted el blason
que en este palacio brilla...

FERN. No mancillan mis blasones
de amor una ligereza.

DOCTOR. La verdadera nobleza
está en las buenas acciones.

FERN. El amor crímen no es.

DOCTOR. Aún mayor que asesinar,
es el crímen de engendrar
para abandonar despues.

FERN. Doctor, muy mal me ha juzgado
si se le pudo ocurrir
que á ese niño el porvenir
no dejase asegurado.
¿Cuando usté á casa bajó
no le entregaron...

DOCTOR. ¿El qué?

FERN. Un paquete que dejé
con sobre para usted.

DOCTOR. No.

FERN. Yo le entregué á Rita...

DOCTOR. Nada
me dieron; mas no me choca;
que Magdalena está loca
y Rita medio atontada.
No es para ménos su pena.

FERN. Quise, Doctor. al partir
atender al porvenir
de mi hijo y de Magdalena,
y á esta en títulos seguros,
ante mi notario Orozco,
un crédito reconozco
de veinticinco mil duros,
que á quien presente el poder
al instante entregará.

DOCTOR. ¿Y piensa usted que ya está
en paz con esa mujer,
porque en pago á su deshonra
hacerla rica procura?...

No es el dinero el que cura
las heridas de la honra.

FERN. Mi proteccion, mi cariño
les seguirán donde quiera.

DOCTOR. ¿Sabe usted qué vida espera
á esa mujer y á ese niño?
Usted, ser privilegiado
que ha visto desde la cuna
el honor y la fortuna
constantemente á su lado,
no puede, ni aun comprender,
lo que es en el mundo un hombre
que no debe ni aun el nombre
de madre á su madre dar;
que, aunque su pecho taladre
el dolor, mientras aliente
ha de ser pregon viviente
del deshonor de su madre.

FERN. ¿Y qué quiere usted que haga?

DOCTOR. Que cumpla como hombre honrado:
usté el honor la ha quitado...
honra con honra se paga.

FERN. Pretende usté una demencia.
¿Cómo quiere usted que abdique
de mi nombre y sacrifique...

DOCTOR. El orgullo á la conciencia.

FERN. No es orgullo, no, Doctor:
es que el que noble ha nacido
no puede así su apellido
sacrificar al amor.
Que el mundo en que vivo exige
especiales miramientos,
y con ciertos casamientos
desiguales no transige.
Y nunca perdonaría
que yo mi título diese
á una mujer, que no fuese
de clase igual á la mia.

DOCTOR. Esas razones que invoca...

FERN. Qué?

DOCTOR. No lo son para mí.

FERN. Pues el mundo piensa así.

Doctor. Pues el mundo se equivoca.
Fern. Bien, será absurdo y cruel:
pero en los hechos me fundo.
Doctor. Si así piensa vuestro mundo,
¡qué bien estoy lejos de él!
Fern. Doctor, son materias estas
en que acordes no podemos
estar, porque sostenemos
unas ideas opuestas.
Comprendo por su lenguaje,
que yo no he de discutir,
que usted no quiere admitir
diferencias de linaje.
Doctor. Que no la admito, ¿por qué?
Aunque no tengo apellido,
cuando quizás hijo he sido
de algun noble como usté,
mis ideas no son tales:
la misma naturaleza
ha creado la nobleza
en flores y en animales.
Al par que lirios y rosas
que aromas dan y embellecen
y en los que alegres se mecen
el aura y las mariposas,
hay zarza, ortiga y espino,
que incultos y entre maleza
el huracan con crudeza
los azota en su camino.
Del manzanillo y la quina,
esos árboles gigantes
cuyas copas arrogantes
su peso á la tierra inclina,
es tan distinta la suerte
que á los dos trazada está,
que el uno la salud dá
y el otro causa la muerte.
Y de estos ejemplos mil
la creacion está llena:
el leon junto á la hiena,
el águila y el reptil;
y en el monte y en el llano

hay rio, cascada y fuente,
junto al sombrío torrente
y al cenagoso pantano.
Yo los decretos bendigo
con que quiso el Hacedor
que existan siervo y señor
y potentado y mendigo;
mas, si le han de respetar,
su altura le obliga doble:
puesto que ha nacido noble,
con nobleza debe obrar.

FERN. Pues bien: hay otra razon
de que ni sospecha tiene:
esta boda á salvar viene
mi ruinosa situacion.
Hoy todo mi patrimonio
está en manos de usureros,
y de estos atolladeros
saldré con mi matrimonio.
No me queda otro recurso
que el extremo que he adoptado,
porque estoy amenazado
del bochorno de un concurso;
y ántes que á mi madre dar
tal pena, que algo ha sabido,
que á todo esté decidido
no le debe de extrañar.
En situacion tan ahogada
debe usted de comprender,
que no he de retroceder
ni ante nadie ni por nada.
Usted, que amistad tan fiel
nos probó, su accion corone;
á ese niño no abandone
y haga mis veces con él.
Y sepa al darle el legado,
aunque la suma es modesta,
que le doy cuanto me resta
de los bienes que he heredado.
Adios, Doctor. (Le estrecha la mano.)

DOCTOR. Mas...

FERN. Despues

le hablaré. En usted confío;
que no sepa es hijo mio,
yo no olvido que lo es. (Se va.)

DOCTOR. Mundo que robas la calma
á esos desdichados seres,
por algo dicen que eres
un enemigo del alma.
Por una cuestion de ochavos,
torturando el corazon
sufren tu yugo... Esos son
los verdaderos esclavos.

ESCENA VI.

MAGDALENA y un CRIADO, que la impide la entrada. El DOCTOR está de espalda.

CRIADO. Por muy urgente que sea
nos es imposible ahora.

MAG. Diga usted que una señora
verle al momento desea.
(El Doctor que se vuelve y ve á Magdalena.)

DOCTOR. ¿Qué es lo que mirando estoy?

CRIADO. Más tarde quizás mejor.

MAG. (Reconociendo al Doctor.)
Si está allí. ¡Doctor, Doctor!

DOCTOR. ¡Magdalena!

MAG. Sí, yo soy;
no me dejaban pasar.

CRIADO. La señora preguntaba
por usted, mas yo ignoraba...

DOCTOR. Bien, nos puede usted dejar.

ESCENA VII.

EL DOCTOR y MAGDALENA.

DOCTOR. ¿Á qué viene usted aquí?

MAG. Por usted, Doctor, venía;
y cómo que ya sabía

en dónde encontrarle...

DOCTOR. Sí...
Pero ¿cómo ha adivinado...

MAG. ¿Usted mismo no me dijo
que los condes del Cortijo
le tenían convidado
á los dichos?...

DOCTOR. Lo olvidé:
es verdad, mas con qué intento
me busca?

MAG. Un breve momento
le ruego me escuche usté:
de su amistad abusando,
cuando la reunion acabe
vengo á rogarle, si sabe
dónde encontrar á Fernando.

DOCTOR. Para usté ha muerto ese hombre.

MAG. Buscando al hombre no vengo;
que ni en tan poco me tengo
ni así arrastro yo mi nombre.
No es amor, como supone,
lo que aquí á venir me obliga,
que el amor, ni se mendiga,
ni se compra, ni se impone.
De su desden no me aflijo,
ni su abandono cruel...
hoy, Doctor, tan sólo en él
busco al padre de mi hijo.

DOCTOR. Y qué pretende, si el hecho
no se puede ya evitar?

MAG. Si no vengo yo á invocar
tampoco ningun derecho.
Aunque mi honra le dí,
fiada en su juramento,
sé que, desde aquel momento,
todo derecho perdí:
mas, si al dar á su hijo vida
su apellido no le ha dado,
fuera creerle un malvado
si de que es padre se olvida.

DOCTOR. Pero bien, ¿qué es lo que quiere?

MAG. ¿Qué es lo que quiero, Doctor?

Que mi niño está peor,
que mi niño se me muere! (Llorando.)

DOCTOR. Si no tuvo otro accidente
no creo que haya razon...

MAG. Me lo dice el corazon
y el de una madre no miente.
No es el inútil lamento
de la que á temer empieza,
ni es esa vaga certeza
hija del presentimiento.
Es que, contando una á una
las largas horas de un dia
que nunca se concluía
al lado de aquella cuna,
en sus inciertas miradas,
en sus ojos entreabiertos,
en sus labios casi yertos,
en sus manos casi heladas,
de su aliento en el compás
con débil siniestro hervor,
al mirar el estertor
como acechando detrás,
creció mi febril espanto,
y ante la cuna de hinojos
la tormenta por mis ojos
estalló desecha en llanto.
Y al sentir el ángel mio
húmeda su tez marchita,
como flor que resucita
con las gotas del rocío,
abrió los ojos y fijo
en mí... se empezó á animar.
Sólo una madre al llorar
resucitar puede á un hijo!
Despues se fué recargando,
y para mayor martirio
de la fiebre en el delirio
á su padre está llamando.
Oyendo el dia pasé
su clamor triste y constante,
hasta que al fin delirante
á la calle me lancé.

á decirle...

DOCTOR. (¡Pobre madre!)

MAG. Que su hijo muriendo espera,
y no quiero que se muera
sin dar un beso á su padre.
Por eso me atreví á entrar,
tan sólo, Doctor, por eso;
porque mi hijo pide un beso
y yo le vengo á buscar.

DOCTOR. ¡Oh!

MAG. Dígale usted, Doctor,
que yo no pretendo nada,
que á todo estoy resignada,
que prescinda de mi amor,
que perdono sus agravios;
pero que venga esta noche,
que no escuchará un reproche
ni una queja de mis labios;
que si le estorba quien fué
en otro tiempo su encanto,
porque no vea mi llanto
de la alcoba me saldré...
Mas que no deje de ir,
pues de su beso el calor...
quien sabe, mi buen Doctor,
si hará á mi hijo revivir.

DOCTOR. ¡Oh! Sí, le voy á buscar;
y sin temor ni respeto,
le arranco, se lo prometo,
hasta del pie del altar.

MAG. Gracias.

DOCTOR. Espéreme aquí,
que ahora vuelvo por usté.

MAG. Dios tanta dicha le dé
como bien me ha hecho usté á mí.

ESCENA VIII.

MAGDALENA, sola. Se sienta de modo que pueda ser vista por detrás en el espejo sin que ella se aperciba.

MAG. ¡Qué contraste!... Aquí el placer,

y allí en mi casa el dolor:
aquí la dicha, el amor,
y allí llorar, padecer.
Aquí una mujer que alcanza
todo lo que su alma ansía:
un presente de alegría,
un porvenir de esperanza.
Y yo... no sé qué elegir,
pues tal miedo el alma siente,
que si horrible es el presente
tiemblo por el porvenir.
(Mirando al cielo.)
Mas si tu apoyo me prestas,
hoy, madre, tan necesario,
yo subiré este calvario
sola con mi cruz á cuestas.

ESCENA IX.

GASPAR y MENDOZA, del brazo por el foro.

GASPAR. ¿Y no llegaste á saber?...
MEND. No, chico, perdí la pista.
GASPAR. Eso será una conquista
como otras mil.
MEND. Puede ser,
mas larga la fecha va.
GASPAR. Me sorprende su constancia.
MEND. Esto fué al marcharse á Francia,
y ahora cuatro años hará.
GASPAR. Pues chico, nada he sabido.
(Enciende un cigarro en un candelabro.)
MEND. Prueba que está interesado
es ese mismo cuidado
que en ocultarlo ha tenido.
(Se fija en un espejo por donde ve á Magdalena.)
(¿Qué miro? no hay duda, sí,
es ella.)
GASPAR. (Que había estado oculto encendiendo un cigarro.)
Chico, la cosa
me sorprende; ¿y es hermosa?
(Coge á Gaspar y le indica que mire al espejo.)

MEND. Juzgarla puedes por tí.
GASPAR. Eh?
MEND. Calla y mira. No ves
en el espejo...
MAG. (Levantando la cabeza.) ¡Dios santo!
MEND. Una mujer con el llanto
en los ojos.
GASPAR. Sí.
MEND. Esa es...
GASPAR. ¿Ella? De asombro me llena
su osadía.
MEND. Claro está,
sabe que á casarse va
y viene á armar una escena.
GASPAR. Oh, es necesario impedir...
Qué escándalo! qué diría
el mundo... y mi pobre tia...
MEND. La debes de prevenir.
GASPAR. Tienes razon. Voy volando.
MEND. Allí va.
(Señalando desde el foro á la derecha.)
GASPAR. Pues déjanos...
MEND. Sí: mientras la hablais los dos,
yo le entretendré á Fernando. (Se van.)
MAG. Ten paciencia, corazon:
pero y mi hijo... Cuánto tarda,
no sé por qué me acobarda
estar en este salon.
Es que al dolor le da enojos
ver á los demas gozar
y hoy no se debe aquí entrar
con lágrimas en los ojos.

ESCENA X.

MAGDALENA, CONDESA y GASPAR; despues el DOCTOR.

GASPAR. Mírela usted.
COND. Me confundo.
MAG. Yo cumpliré mis deberes.

COND. Pero, para estas mujeres
nada hay sagrado en el mundo.
(Se dirige hácia Magdalena.)
Salga usted, pues no transijo.
MAG. Mas, ¿por qué me está así hablando?
COND. Soy la madre de Fernando,
la Condesa del Cortijo.
MAG. Usted, ¡Vírgen Santa! Oh, sí,
todo lo comprendo ahora:
mas yo la juro, señora...
COND. Al punto fuera de aquí.
MAG. Perdon. El cielo es testigo...
(Se arrodilla delante de la Condesa.)
COND. Ántes que nada sospechen
salga ó haré que la echen.
(El Doctor entra y se apresura á levantar á Magdalena colocánsola á su izquierda.)
DOCTOR. (Entrando.) Sí saldrá, pero conmigo:
levante usted la rodilla
y alce serena la frente.
COND. ¡Doctor! (Abrazándose á él.)
DOCTOR. La que es inocente
ante Dios sólo se humilla:
él sólo tiene derecho
si es delincuente á juzgarla,
pero á usted para insultarla
esta infeliz, ¿qué la ha hecho?
COND. Doctor...
MAG. ¡Gracias!
GASPAR. No comprendo...
COND. ¿Pero quien es sabe usté?
DOCTOR. Pues claro, porque lo sé
es por lo que la defiendo.
GASPAR. Quién entiende este babel.
COND. No vuelvo de mi sorpresa.
DOCTOR. Lo que usted ha hecho, Condesa,
es injusto y es cruel.
GASPAR. Repare...
DOCTOR. Nada me arredra.
COND. ¿Y usted sabiendo disculpa?
DOCTOR. El que esté libre de culpa
que tire la primer piedra.

¿Há poco, no me decía,
cuando una historia contaba,
como á ella compadecía
y al seductor despreciaba?
Pues enmiende usted su yerro
y haga, Condesa, memoria:
(Fernando aparece en el foro y se detiene al verlos.)
El héroe de aquella historia.
Echele usted como á un perro.
(Señalándole á Fernando, que entra.)

COND. ¡Él!

FERN. ¿Qué es esto?

DOCTOR. Usted ahora,
(Á Magdalena cogiéndola del brazo.)
por mi brazo sostenida,
salga con la frente erguida.
¡Paso á una madre que llora!
(Se dirigen hácia el foro. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero, á oscuras: una lámpara de noche sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

RITA durmiendo: el DOCTOR entrando.

DOCTOR. Rita.
RITA. ¿Quién?
DOCTOR. Nadie, soy yo.
RITA. Me había el sueño rendido.
DOCTOR. Y Magdalena ha dormido?
RITA. Igual que usted la dejó:
toda la noche ha pasado
llorando, y el rostro fijo
en la cuna de su hijo,
ni una frase ha pronunciado.
DOCTOR. Pobre!... y el niño qué tal,
le disteis la medicina?
RITA. Como dispuso; ¿y qué opina
usted?
DOCTOR. Opino muy mal.
RITA, ¿No cree se salvará.?
DOCTOR. Tengo muy poca esperanza.
RITA. ¡Jesús!
DOCTOR. La ciencia no alcanza

contra lo que escrito está.
RITA. Pero si llega á morir,
¿qué va á ser de la señora?
DOCTOR. Calla; ¿no ves que si ahora
te oye llorar, va á decir...
Ella viene: ¿habrá escuchado? (Se va Rita.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y MAGDALENA que sale del cuarto del niño.

MAG. Doctor.
DOCTOR. ¿Qué tal, hija mia?
MAG. Ansiando llegase el dia
y temiendo haya llegado,
que eternas las noches son
y medroso el dia viene
para la que tambien tiene
la noche en su corazon.
DOCTOR. Vamos, calma, voto va...
Con apurarnos, qué hacemos?
todavía qué sabemos
las vueltas que esto dará.
MAG. ¿Cómo quiere tenga calma,
si mi pesar es tan hondo
que no alcanzo á ver su fondo
cuando le sonda mi alma?
Más no es posible sufrir.
DOCTOR. (Su gran dolor me contrista.)
MAG. No hay corazon que resista
el ver á un hijo morir.
Y, sin embargo, Doctor,
tanto esta noche pensé
junto al niño, que no sé
en dónde está el mal menor;
porque, vagando á su lado
mi imaginacion sin tino,
por ella cual torbellino
toda mi vida hà pasado.
Los dias de mi inocencia,

en que mi madre vivia
y en sus brazos me dormia
con la paz en la conciencia.
Despues, la horrible inquietud
y el afan con que luché,
hasta que vencida fué
por el amor la virtud.
Y la dicha que sentí,
inmensa, desconocida,
al comprender que otra vida
nueva germinaba en mi.
Dicha que fugaz pasó,
pues que, vilmente engañada,
su madre al ser deshonrada,
deshonrado le engendró.
Por eso, cuando dormido
esta noche le miraba,
á mi pesar recordaba
todo lo que uste ha sufrido:
cuanto usted dice que un hombre
en la vida ha de pasar,
si, en el mundo al penetrar,
no puede decir su nombre.
Cuando pienso ha de venir
un dia, en que decidido
me pregunte su apellido
y no sepa qué decir,
y al fin el dolor le venza
y, al mirarme con sonrojos,
no pueda yo ante sus ojos
presentarme sin vergüenza,
y viéndome deshonrada
de mí se quiera apartar,
y hasta me llegue á mirar
por mi hijo despreciada,
de tal modo desvarío...
que llego á pensar que fuera
mejor que se me muriera... (**Transicion,**)
¡Oh! no, no me oigais, Dios mio!
no oigais á esta pobre loca.

DOCTOR. Vamos, hija mia, calma.
MAG. Mirad lo que siente el alma,

no lo que dice la boca.
Ante tí, Vírgen, me postro,
(Se arrodilla.)
haz que mi oracion reciba;
que viva, señor, que viva
aunque me escupa en el rostro.

DOCTOR. Pero á qué viene ese llanto?
Aún tan perdido no está.

MAG. ¡Oh! Sí, usted le salvara...
(Levantándose y abrazando al Doctor.)
Usted, que le quiere tanto.
Aún no pierdo la esperanza;
usted que me ve sufrir
no le dejará morir.
Verdad?

DOCTOR. Tengo confianza.

MAG. Yo en Dios y en su mucha ciencia.

DOCTOR. Está muy bien; en los dos.
Pero la que espera en Dios,
debe de tener paciencia.
Ahora en el caso se está
de aplicarle los remedios,
y puestos todos los medios
luégo Dios decidirá.
Y si, cual posible es,
al fin triunfantes quedamos,
veremos cómo arreglamos
todo lo demas despues.

MAG. No, mi esperanza está muerta.

DOCTOR. Bah, quién sabe todavía?
á quien á Dios se confía
siempre se le abre una puerta.
Si vive respire usté;
pues, aunque el mundo se asombre,
yo que no he tenido nombre
nombre á ese niño daré.

MAG. ¡Doctor!

DOCTOR. Todo se concilia...

MAG. Junto á usted no hay desgraciados.

DOCTOR. Hija, les desheredados
formamos una familia.
¿Y qué soy yo? Sin hogar,

qué es el hombre en esta vida?
Nave sin rumbo perdida
por la inmensidad del mar;
árbol que el tiempo deshoja
y que, al llegar á su invierno,
se halla con el frio eterno
sin flor, sin fruto y sin hoja.
Así, pues, en esta lid
soy quien gana y no me quejo;
que sobre este tronco viejo
crezca lozana la vid.

MAG. Oh, déjeme usted besar
(Le besa conmovida la mano.)
la mano que siempre halla
medio de sembrar bien.

DOCTOR. Vaya.
(Retirando la mano y enjugándose los ojos.)
Quiere usté hacerme llorar...
Ea, lo que importa ahora
es con cuidado constante
sacar al niño adelante.
Pero vamos, ¿por qué llora?

MAG. Oh, sí, si llega á vivir...
su madre sabrá enseñarle
como á un padre á respetarle
y su nombre á bendecir.
Nosotros, á nuestra vez,
pagar tanto bien sabremos,
y de encantos cercaremos
su ya cercana vejez.

DOCTOR. Vaya que la hora se pasa (Conmovido.)
de darle el medicamento.

MAG. Bendito sea el momento
que Dios le trajo á esta casa.

ESCENA III.

DOCTOR, solo.

¡Qué desgraciada, y qué buena!
Me estaba lástima dando:

vamos, pues no estoy llorando!
Pero, ¿á quién no causa pena?
Por su terrible tormento,
por su cruel batallar,
puede el alma adivinar
de mi madre el sufrimiento.
Lo que ella me habrá buscado...
y yendo uno de otro en pos,
quizás mil veces los dos
nos habremos tropezado.
¡Oh! No, no quiero ser padre:
no aspiro á tan gran placer,
tengo miedo de saber
lo que ha sufrido mi madre.

ESCENA IV.

DOCTOR, RITA, entrando.

RITA. Don Juan.
DOCTOR. Qué hay?
RITA. Un caballero
que pregunta por usted.
DOCTOR. ¿Por mí á estas horas? De fijo
algun fastidio; anda y ve...
qué quiere?
RITA. Segun parece
muy urgente debe ser,
pues viene de frac.
DOCTOR. ¿De frac?
RITA. Y corbata blanca.
DOCTOR. ¡Eh!
(Si será acaso...) Y tú, Rita.
no le conoces?
RITA. ¿Yo?
DOCTOR. Es
un jóven de barba?
RITA. Sí,
con lentes.
DOCTOR. De fijo es él.
Lo esperaba: hazle pasar.

(Rita abre el balcon, por donde entra una luz tibia.)
Pronto de dudas saldré. (Se va.)

ESCENA VI.

EL DOCTOR y GASPAR.

GASPAR. Doctor...
DOCTOR. Gaspar, usté aquí?
GASPAR. Ya puede usted comprender
el motivo...
DOCTOR. No señor.
GASPAR. Entónces me explicaré.
Despues de la escena aquella
en que á esa pobre mujer,
acaso por culpa mia,
trató de un modo cruel
mi tia... y que usted cortó...
DOCTOR. Bueno, adelante.
GASPAR. Pues bien;
como en el mundo ante todo
fingir necesario es,
dominando su emocion,
sin que nadie comprender
en su semblante pudiera
el grave disgusto que
momentos ántes había
tenido, mandó leer
los contratos; y en seguida
que terminado esto fué,
firmaron como testigos
los presentes.
DOCTOR. Así, pues,
se firmaron?
GASPAR. Ya lo creo:
el último yo firmé.
Y cuando ya en los salones
no quedó un alma...
DOCTOR. Pardiez.
GASPAR. Mi tia me llamó aparte

y me dijo:—Quédate
que necesito de tí.
Hácia su cuarto se fué,
y encerrada con Fernando
estuvieron dos ó tres
horas, que yo en un sofá
leyendo sólo pasé.
Luégo salió descompuesta
y me dijo: llama á Andrés
y que enganchen la berlina.
Pero si va á amanecer,
la dije.—No importa.—Tú
vendrás conmigo.—Está bien.
Mas no podría saberse
á dónde vamos? porque...
quizás yo sólo podría...
—No: yo misma quiero ver
á esa mujer y al Doctor.—
Mas...—No discutas y vé
á dar la órden.—Corriente:
así se hizo, y á las seis
estábamos en la esquina
de esta calle. Me esperé
á que abrieran; á su cuarto
subo; me dicen que usted
está abajo; me permito
llamar, abren, pregunté
si era posible el hablarle;
dicen que espere, esperé;
me mandan que pase, paso;
y ahora me tiene aquí usted
aguardando que me diga
qué debo de responder
á mi tia, que está abajo
en el coche.

DOCTOR. Oiga usté bien:
¿sabe usted quien vive aquí?

GASPAR. No señor, mas lo sabré
si usted me lo dice.

DOCTOR. Sí:
esta es la casa...

GASPAR. ¿De quién?

DOCTOR. De su primo don Fernando
y de Magdalena.
GASPAR. ¡Eh!
DOCTOR. Diga pues á la Condesa
que aquí la recibiré,
si quiere desagraviar,
como debe, á esa mujer;
mas, si este no es su propósito
y no ha pensado despues,
no tiene para qué verme,
pues que nada puede hacer.
GASPAR. Aunque el recado es durillo,
como usted quiere lo haré. (Se va.)

ESCENA VII.

DOCTOR, MAGDELANA.

DOCTOR. Magdalena, Magdalena!
MAG. Qué ocurre, qué quiere usté?
DOCTOR. La Condesa va á subir
en este momento.
MAG. ¡Eh!
¿La Condesa?
DOCTOR. Sí: mas, ántes
de usted verla, es menester
que ella y yo solos hablemos.
Entre usted y espere.
MAG. Bien.
Mas, si mi hijo se me muere,
todo para mí igual es.

ESCENA VIII.

DOCTOR, solo.

Señor, tú que mis deseos
conoces y sabes bien,
para hacer una obra buena
con tu luz inspírame.

ESCENA IX.

EL DOCTOR, CONDESA y GASPAR entrando.

DOCTOR. Llaman. Oh, no me engañaba!
COND. Doctor...
DOCTOR. Señora Condesa...
COND. Héme aquí.
DOCTOR. Y usted no sabe
la dicha que siente al verla
el alma, que no mentía
al juzgarla á usted tan buena.
COND. Cuando cometo una falta,
á enmendarla estoy dispuesta.
Mi hijo Fernando me ha hecho
una confesion sincera
de esa historia lamentable
de seduccion y vergüenza;
y aunque el amor no disculpa
nunca carnales flaquezas,
ántes de casar á mi hijo
necesito hablar con esa
pobre mujer y fijar
su situacion verdadera.
DOCTOR. Señora, yo la confieso,
y perdone mi franqueza,
que no pensaba encontrarla
tan friamente severa.
COND. Doctor, al verme á estas horas
en esta casa, una prueba
le doy de que sé cumplir
con lo que el deber me ordena.
Mi hijo cometió una falta
que no disculpo, mas ella
nunca debió traspasar
del decoro las barreras.
DOCTOR. En esta ocasion, buen juez
no puede usted ser, Condesa.
COND. ¿Y por qué?
DOCTOR. Porque usted vive

y respira en una esfera
donde los aires mefíticos
de la corrupcion no llegan;
mas juzgue usted una niña
inocente, que se encuentra
sola en el mundo y cercada
de los halagos que encuentra
el vicio para engañar,
los mil delirios que sueña
el incentivo deseo,
las imágenes que crea
la pasion y que despues
la imaginacion aumenta,
unido á ruegos, á súplicas,
á mil fingidas promesas,
y esto, sin tener un guía,
sin una fiel consejera
que del peligro que corre
el grito le dé de alerta;
y dígame usté, señora,
si no se explica que venzan
y hagan hundirse en el fango
aun la virtud más austera.
*¡Cuántas de esas desgraciadas
*que la sociedad desprecia
*porque hacen de cuerpo y alma
*mil mercancías groseras,
*han marchitado llorando
*las flores de su inocencia,
*y hoy con cínico descaro
*en el lodo se revuelcan
*para ahogar con carcajadas
*los gritos de su conciencia!
*Y no es, Condesa, que yo
*haga del vicio defensa;
*pero he visto tanto, tanto...
*en mi penosa carrera
*he tocado tantas llagas,
*he visto tanta miseria,
*que no puedo estar conforme
*con las absurdas ideas
*que respecto á la mujer

*en nuestra sociedad reinan.
*¿Por qué, si Dios la hizo débil,
*el mundo la exige fuerzas
*para luchar y vencer,
*entregándola indefensa
*á los furiosos embates
*de esa turbia mar revuelta
*de pasiones que en el mundo
*traban lucha gigantesca
*mirando cómo se ahogan
*sin alargarle una cuerda?
¿Por qué en la mujer es crímen
lo que en el hombre es flaqueza?
Por qué ese hipócrita mundo
á eterno baldon condena
á las mismas que arrastradas
en raudo tropel despeña?
No desprecio, compasion:
no rigores, indulgencia:
si un alma cae, levantadla:
no la hundais más en la tierra,
que un alma que se redime
vale por mil que se pierdan.

COND. Bien, Doctor, no discutamos:
lo hecho ya no tiene enmienda,
y es preciso que pensemos
en lo que hacer nos convenga.
Me basta que esa mujer
de ese niño madre sea,
que, al fin, sangre de mi hijo
y mia corre en sus venas,
para que la proporcione
medios de que no carezca
de nada, y pueda vivir
con decoro y con decencia.
Pero que deje á Madrid
y se vaya á vivir fuera;
que, despues de lo ocurrido,
no está aquí bien su presencia.
Ahora, respecto á ese niño,
es preciso que comprenda
que no debe por más tiempo

á su lado estar.

DOCTOR. Condesa...

COND. Ese niño, aunque bastardo,
es necesario que tenga
mi apellido, y que se eduque
al lado de quien le sepa
inculcar santos principios
de pundonor y nobleza.
Esto he resuelto, Doctor.

DOCTOR. Y dígame usted, Condesa,
si le quita usted su hijo
á esa infeliz, qué la queda?

ESCENA X.

DICHOS, MAGDALENA, sale del cuarto.

MAG. Basta, Doctor, le agradezco
la intencion, mas no se canse.

GASPAR. Infeliz mujer!

MAG. Señora
Condesa, una honra muy grande
recibe esta pobre casa
al entrar por sus umbrales
la dama de la nobleza
cuyo nombre respetable
admiran pobres y ricos
por su talento y bondades.

COND. Gracias.

MAG. Mas al par que honra,
que me dé pena no extrañe
el ver que la que es con todos
bondadosa y tolerante,
tan sola conmigo sea
más que justa inexorable.

COND. Señora... yo...

MAG. La suplico
me escuche en calma un instante.

COND. Hable usted.

MAG. Yo reconozco,
Condesa, mejor que nadie,

que, al manchar en un momento
de locura imperdonable
mi nombre honrado, lo único
que me legaron mis padres,
descendí del pedestal
de la inocencia; y ya tarde
comprendí que quien de él baja
no vuelve nunca á escalarle.
Sé que falté á mis deberes,
que nunca debí olvidarme
de los rígidos consejos
que escuché siempre á mi madre.
Y, por borrar esa hora
de ceguedad lamentable,
de delirio, de embriaguez,
que aún no sé cómo explicarme,
contenta diera ahora mismo
mi vida entera, mi sangre.

GASPAR. ¡Pobrecilla!...

MAG. Y no es que tema
que me insulte y me rechace
ese mundo á quien tan sólo
debo dolores y ultrajes;
es por mi misma conciencia,
juez y fiscal implacable,
que de mi falta me acusa
y reo me halla al juzgarme.
Es tambien porque á Dios debo
de mi virtud cuenta darle,
es... que me aterra la sombra
veneranda de mi padre.

DOCTOR. ¡Magdalena!

MAG. Deje usted
que por vez primera hable
lo que tan sólo á mí misma
he llegado á confesarme.
Deje usted que la tormenta
al fin libremente estalle:
deje que salga del alma
lo que ya en ella no cabe.

COND. Cálmese usted.

MAG. No, Condesa.

Ayer pudo usté ultrajarme
cuando me encontró en su casa,
donde penetré ignorante
de que fuese aquel palacio
la morada del magnate
que yo conocí y amé
como un modesto estudiante.
Y sepa que si allí entré,
no iba á buscar al amante;
era que mi pobre hijo,
que delira por su padre,
pidiéndole una caricia
estaba casi espirante.
Por lo demas, mientras viva...
ni necesita de nadie,
ni yo acepto esa limosna
con que viene hoy á insultarme;
ni por el oro del mundo
vendo yo el nombre de madre.
Sólo Dios que me le ha dado
puede si quiere llevársele;
pero fuera de él, no existe
quien de mi hijo me separe.

COND. Está bien: mas si ese niño
alguna vez reclamase
el nombre que le he ofrecido,
usted será responsable.
Gaspar...

DOCTOR. Condesa...

MAG. Dios mio!...

COND. Vámonos.

MAG. Oh! no se marche.
Perdóneme usted, señora,
si le ofendieron mis frases:
si yo no tengo derecho
en mi desdicha á arrastrarle...

DOCTOR. Magdalena...

MAG. Sí, Doctor.
Aunque el sacrificio es grande...
yo le acepto.

GASPAR. ¡Desdichada!

MAG. No debo, aunque esto me mate,

despojarle en mi egoismo
de lo que no puedo darle.
Tal vez este es el camino
por donde el Señor me llame.

GASPAR. ¡Me conmueve!

MAG. Sí, Condesa.
Si Dios quiere qne se salve,
disponga usted de ese niño;
hágale grande, muy grande,
mientras yo desde un convento
por él rogaré constante.

GASPAR. ¡Qué mujer!

MAG. Alguna vez
háblele usted de su madre,
porque al ménos un recuerdo
de quien le ama tanto guarde.

COND. ¡Oh! no, hija mia! (La abre los brazos.)

MAG. (Abrazándola.) Señora...

COND. Así mereces te llame.

DOCTOR. Bien, Condesa.

MAG. Cuánto tiempo
que no escuchaba esa frase.

COND. Desde hoy juntas cuidaremos
de ese niño, de ese ángel.
Si la sociedad levanta
barreras infranqueables
para que llegues á sèr
esposa... yo sabré darte
en mi cariño un asilo
donde calmar tus pesares,
y desde hoy tendrá ese niño
en vez de una dos madres.

MAG. ¡Madre mia! Madre mia!...

DOCTOR. Condesa, es usted un ángel.

COND. Ahora llévame á su lado,
que quiero verle, abrazarle.

MAG. Sí.

DOCTOR. No, ahora es imposible:
está pasando el ataque
y hay que respetar la crísis;
pues cualquier cosa que llame
su atencion, puede traer

consecuencias muy fatales.
GASPAR. Entónces...
COND. Pero, Doctor,
y sin verle he de marcharme?
DOCTOR. Es preciso.
COND. Bien, no insisto:
me voy, más vuelvo al instante,
y entre las dos lograremos
que al fin el niño se salve.
MAG. Dios lo quiera.
COND. Hasta despues.
Adios, Doctor.
DOCTOR. Él la guarde.

ESCENA XI.

MAGDALENA, DOCTOR.

DOCTOR. Ya el primer paso está dado:
despues... veremos, ¡quién sabe!
MAG. Junto á la vida de un hijo
todo lo demás, qué vale? (Se va.)
DOCTOR. ¡Dramas! cuántos como este
se encuentran á cada instante
en el teatro del mundo
sin que se aperciba nadie.
MAG. ¡Jesús! (Saliendo despavorida.)
DOCTOR. ¿Qué pasa?...
MAG. Doctor,
yerto, su pulso no late. (Entran los dos.)
Hijo, hijo del alma mia. (Desde dentro.)
DOCTOR. Rita, Rita, (Sale Rita.) sube á escape
(Sale precipitado.)
á mi casa: mi despacho
abrirás con esta llave,
y un pomo azul pequeñito
que verás en un estante,
bájale.
RITA. Mas qué sucede?
DOCTOR. Vamos. (Empujándola se entra en el cuarto.)

RITA. Jesús... (Se va.)
MAG. (Dentro.) Madre, Madre.
(Queda la escena un momento sola, y se oye dentro el llanto de Magdalena.)

ESCENA XII.

FERNANDO, entrando.

¿Qué es esto? la puerta abierta: (En la puerta.)
algo extraordinario pasa,
que encuentro toda la casa
abandonada, desierta.
(Pausa. Avanza hácia el proscenio.)
El Doctor me quiso hablar,
y no le llegué á entender
qué era lo que esta mujer
iba á su casa á buscar.
(Rita cruza el foro y entra en el cuarto: al abrir se oye llorar á Magdalena.)
Algo hay aquí aterrador
que al alma la causa espanto.
¿Qué escucho? Suspiros, llanto:
sepamos al fin. Valor.
(Se dirige al cuarto y se detiene delante de la puerta.)
¿Por qué me siento cobarde
y esa puerta me estremece?...
porque decirme parece...

ESCENA XIII.

EL DOCTOR en la puerta del cuarto donde se supone al niño.

DOCTOR. Llega usted tarde, muy tarde.
FERN. Doctor!
DOCTOR. Venir no quería
cuando era tan deseado,
y ahora que al fin ha llegado

está la cuna vacía. (Fernando retrocede.)

FERN. ¿Cómo? ¡De espanto me hielo!
¿Qué dice usted que ha pasado?

DOCTOR. Que Ángel de usté abandonado
fué á buscar padre en el cielo.

FERN. ¡Mi hijo!... imposible! qué horror!
¡Mi hijo muerto, mi hijo muerto!
Oh, no; no puede ser cierto;
usted me engaña, Doctor.

DOCTOR. ¡Qué extraño es que se haya ido
mundo mejor á buscar,
si en vez de calor hallar
su padre deshizo el nido!

FERN. ¡Muerto! ¿Qué es lo que hay en mí
que hace al alma estremecer,
y siento en todo mi ser
algo que nunca sentí?
¿Qué voz en mi ser se agita
como un fatídico alerta?

DOCTOR. La conciencia que despierta,
y que al despertarse grita:
Es que surgen los tormentos,
herencia de los malvados.
Es que quien siembra pecados
recoge remordimientos.

FERN. ¡Oh! si, es verdad, hijo mio;
vivo te tuve olvidado,
y ahora que tú me has dejado
siento á mi lado el vacío.

[illegible] Cuando le iba á abandonar...
él á mí me abandonó.
Le iba huérfano á dejar,
y ahora el huérfano soy yo;
mas no es mi suerte tan fiera,
que ante tus yertos despojos
las lágrimas á mis ojos
acuden por vez primera.

DOCTOR. Pues délas usté expansion,
que ese llanto santifica;
porque al correr purifica
el fango del corazon.
Que en las borrascas del alma,

el llanto es como la lluvia,
cuanto más recio diluvia
más la tormenta se calma.

FERN. Mis lágrimas le revelan
mi cruel remordimiento.

DOCTOR. Si son de arrepentimiento,
en vez de amargar, consuelan:
felices los que no ignoran
enmendar yerros pasados.

FERN. Doctor. (Arrojándose en sus brazos.)

DOCTOR. Bienaventurados,
hijo mio, los que lloran:
feliz quien sus faltas gime
cuando su crímen ha visto;
ahí está su Jesucristo
(Señalando al cuarto del niño.)
que muriendo le redime.

FERN. Doctor, yo no puedo más,
quiero verle.

DOCTOR. Venga usté,
y que Dios valor le dé
en tan duro trance.
(Al ir á entrar sale Megdalena, que se queda parada en la puerta, desde donde dice los primeros versos.)

ESCENA XIV.

DICHOS, MAGDALENA.

MAG. Atrás.
La entrada por esta puerta
para usted está vedada.

FERN. Si estaba al crímen cerrada,
debe al llanto estar abierta.

MAG. Ese llanto es ya tardío.

FERN. Mira el dolor de este padre.

MAG. Mi hijo sólo tiene madre,
ese niño es sólo mio;
lazos que Dios debió atar
(Avanza al proscenio.)

usted vilmente ha desecho:
no tiene ningun derecho
junto á su cuna á llorar.

FERN. Yo borraré con cariño...

DOCTOR. Perdonar nos manda Dios.

MAG. Existe ya entre los dos
el cadáver de ese niño.
Que siempre estará aquí impreso
(Señalando al corazon.)
cuanto á su padre ha llamado,
y su padre se ha negado
á darle el último beso.

FERN. ¡Oh!

DOCTOR. Bien castigado está.

FERN. Hoy mi boda romperé
y mi nombre te daré.

MAG. ¿Para qué le quiero ya?
¿Para qué quiero vivir
si mis únicas delicias,
que eran sus tiernas caricias,
no he de volver á sentir?
Yo sólo anhelo un rincon
donde me mate la pena.
(Cae llorando en un sillon.)

FERN. No me cierres, Magdalena,
la senda á mi redencion.
(Se arrodilla llorando á los piés de Magdalena.)

DOCTOR. Sí, cesen ya tus rigores:
(El Doctor se coloca detrás de los dos y en medio.)
el ver su pena contrista,
y ante esa cuna bendita
deben morir los rencores.
Cuando ese niño nació,
cercana la ansiada hora
estábamos, como ahora,
su padre, su madre y yo.
Dios ha querido juntar
á los que venir le vimos;
hoy que al niño despedimos
juntos debemos estar.
No serán tan infelices
si unir saben sus dolores;

de su sepulcro las flores
deben tener dos raices.

MAG. ¡Hijo mio!

DOCTOR. Hoy en su abono
tiene su dolor Fernando:
él desde allí está mirando.

FERN. Magdalena!... (Suplicante.)

MAG. (Le tiende la mano que la besa.)
Te perdono.

DOCTOR. Oh! pues que al fin llego á ver
que mi empresa no fué vana,
hoy á llorar... y mañana
á cumplir vuestro deber.
Tal vez, al santificar
vuestros criminales lazos,
ese niño á vuestros brazos
vuelva el Señor á enviar.
Mas, si tal no quiere Dios...
os servirá de consuelo
que haya un ángel en el cielo
que velará por los dos.

FIN DEL DRAMA.

NOTA. Lo marcado con asteriscos se ha suprimido en la representacion.

ERRATAS.

ACTO PRIMERO.

Pág.	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
6	1	Todo ello será nada.........	Todo ello no será nada
7	8	que del muro lo alto escala...	del muro la altura escala
7	41	sino tiene á quien dar nombre	si no tiene á quien dar sombra
12	7	diatrivas tan tenaces.........	á diatrivas tan tenaces
12	11	Cosas de esta madraza.......	Bah... cosas de esta madraza.
14	21	si gozo cuando ellos lloran...	si lloro cuando ellos lloran
14	35	Hallar la razon procuro......	Hallar la razon procura
17	17	que, sin poderse explicar......	que, sin poderme explicar
19	22	Disculpa? No lo adivino......	Disculpa? No la adivino.
27	14	Mas ¿qué dice este hombre?..	Pero ¿qué dice este hombre?
27	16	Pero..........................	Mas...

ACTO SEGUNDO.

Pág.	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
34	27	Pues cuando el cuerpo huma- no.........................	Pues cuando yo el cuerpo, etc.
34	39	Ya he ganado..............	Ya ha ganado
35	12	se anteponen á un..........	se anteponen á su
39	14	Le quise á usted prevenir....	Le quise ayer prevenir
50	3	Falta.....	MAG. (Levantándose.) No viene y el tiempo pasa. COND. Qué viene usté aquí á buscar MAG. Yo... COND. ¿Se atreve usté á pisar los umbrales de esta casa? Salga usted, etc.
51	3	como á ella compadecía y al seductor despreciaba	que al seductor despreciaba como á ella compadecía

ACTO TERCERO.

Pág.	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
55	18	á mi pesar recordaba........	y á mi pesar recordaba
57	29	y de encantos cercaremos....	y de encantos rodearemos
63	27	mil mercancías groseras.....	vil mercancía grosera
68	28	esposa... yo sabré darte......	su esposa, yo sabré darte
73	28	Si cesen ya tus rigores: el ver su pena contrita y ante esa cuna bendita......	Sí, cesen ya sus rigores al ver su pena contrita; que ante esa cuna bendita